

RELATOS GANADORES DEL CONCURSO DE ANIMACIÓN A LA LECTURA 2013-2014

EL ACCIDENTE

Julia Moyano Villullas

Primer premio categoría 1º y 2º de ESO.

Mi cabeza recibe un golpe seco y mi cuerpo se desploma sobre la carretera. Oigo como mi bicicleta cae y cómo unos delgados dedos pulsán las teclas de mi móvil. Imágenes muy borrosas cruzan mi mente. La sirena de la ambulancia retumba en mis oídos y el grito de las ruedas de una camilla al desplazarse por la carretera. Noto cómo me agarran de los brazos y me colocan en la chirriante camilla y cómo, poco a poco, el mundo va desapareciendo. Las imágenes se disipan cada vez más y mi respiración va desapareciendo tan rápido como todo lo que está a mi alrededor. Abro los ojos y levanto la mirada. Me encuentro frente a un sillón vacío de color rojo. Enseguida aparto la vista de él, al encontrarme con una inconfundible puerta con dos cristales y un pequeño símbolo que no alcanzo a ver. Entonces llego a la conclusión de que estoy en un hospital.

Ahora recuerdo todo, un escarabajo amarillo había arrollado a mi bicicleta y yo había caído de bruces sobre la carretera, golpeándome con una piedra. Levanto el brazo y, con miedo, dejo que mi mano roce mi cabeza. Mis manos perciben un tacto áspero, el tacto de una venda. Me levanto con cuidado y me dirijo al baño. Me miro en el espejo y no me veo a mí, sino a una extraña muchacha llena de moratones, sangre y magulladuras. Voy a lavarme la cara, pero solo una mano llega a tocar el agua. Mi brazo ha desaparecido. Creo que en aquel momento me desmayé, pero ya no recuerdo más.

Hace cuatro años tuve un accidente que acabó con mi brazo izquierdo. Todas las mañanas tengo que aguantar las críticas e insultos de mis compañeros, cuya cabeza no alcanza a entender que recibí un golpe muy fuerte que lo hizo desaparecer, pero no por eso soy peor que ellos.

Muchas veces he buscado información sobre cómo conseguir uno nuevo, siempre sin respuesta. Desde entonces no he tenido amigos y siempre he sido despreciada. Había quien era lo suficientemente amable como para intentar disimularlo con una simple mirada dirigida a mi inexistente brazo. Un viejo amigo de la familia se dedica a inventar aletas ortopédicas para delfines que carecen de ellas. Me encanta ver los contentos que parecen los delfines al poder nadar y volver al mar con sus compañeros. Después de que uno de esos delfines recibiera su aleta, aquel hombre

me propuso fabricar un brazo que sustituyera al que un día perdí. La propuesta quedó en el aire unos segundos. Por muy extraño que parezca, rechacé la oferta, fui lo suficientemente orgullosa como para hacerlo. Sabía que nunca se me presentaría una oportunidad como aquella. Debían admitirme como era.

Después de ocho años conseguí algunos amigos y, aunque seguía recibiendo críticas y burlas, ya no me molestaba.

Hoy en día recuerdo aquel accidente como si hubiera sido ayer y voy a visitar a los delfines siempre que se me presenta una oportunidad.

TODOS SOMOS IGUALES

Hugo Presa Martínez

Primer premio categoría 3º y 4º de ESO.

Hola, soy un pingüino emperador. Vivo en una colonia en una isla de la Antártida. Aquí todos somos igualitos. A vosotros y seguramente a todo bicho que no sea uno de nosotros os resultará imposible distinguirnos, aunque yo soy capaz de reconocer a mi madre entre las dos mil que hay en la playa, sobre todo después de un largo día sin comer.

Bueno, la verdad es que todos son iguales menos yo. Nací con los colores cambiados, no sé por qué. Igual es que mis padres le dieron demasiadas vueltas a mi huevo. El caso es que a mí me gusta, pero parece que a toda la colonia menos a mis padres les molesta ver mi hermoso pecho negro y mi gran espalda blanca. Todo el día se están metiendo conmigo.

Si os digo la verdad, no son todo inconvenientes. Sin ir más lejos, la semana pasada estaba nadando tranquilamente cuando vi cómo un gigantesco león marino, con una cara de muerto de hambre, se acercaba a toda velocidad hacia mí. Me di la vuelta y justo cuando estaba a mi lado me vio los colores y, ¡se pegó un susto! Se fue corriendo y yo para mi playa riendo. Pero la mayoría de las veces ser así es un rollo. No tengo amigos y solo me tratan bien mis padres. Creo que el año que viene, que ya seré más mayor, me iré a una colonia que está a unas cuantas islas más allá, a ver si allí me tratan mejor.

Ya ha pasado un año y voy a empezar mi viaje hacia la otra colonia. Nado y nado por el mar, tranquilo, ayudado de las corrientes marinas. De pronto, veo algo encima de mí. Es muy grande y también nada rápido. Voy hacia allí a ver lo que es y, poco a poco, según me acerco, me doy cuenta de que es una tortuga, aunque un poco extraña. Tiene el caparazón triangular. Me pongo delante de ella y me pego un susto... Y ella también se asusta de mí.

Nos acercamos lentamente y nos ponemos a hablar. Me cuenta una historia muy parecida a la mía. Ella también ha tenido problemas por ser diferente. Me cae muy bien y decidimos continuar el viaje juntos. Por el camino nos encontramos más *bichos raros* como nosotros o animales distintos a los de su especie. Un día llegamos a una isla con un montón de pingüinos emperador. Vamos hacia ellos y en ese momento ocurre algo increíble. Me encuentro con un pingüino igual que yo. Él también se ha quedado sorprendido. Le contamos nuestra historia y nos dice que en su colonia no se molestan si eres distinto, así que decidimos quedarnos allí a vivir con unos pingüinos más tolerantes.

AYTHON JONSON

Adriana González Benito

Primer premio categoría Bachillerato y Ciclos Formativos

- ¡Aquí no te sienta! ¡Este es nuestro sitio! - dijeron unos chicos.
- ¡Está ocupado! Aquí no te puedes sentar - le dijeron otros.
- ¡Vamos, fuera! No vales para nada - le decían la mayoría. No paraban de repetírselo.

Y todos los días eran iguales. “Con nosotros no vengas”, “Aquí no te sientas”, “Está ocupado”...Él no había hecho nada malo a ninguno de esos niños y absolutamente todos le rechazaban.

Aython tenía once años. Había llegado hacía pocos días a su nuevo instituto. Antes vivía en un tranquilo pueblecito al norte de Burgos, pero hacía dos semanas se había mudado a Madrid porque sus padres habían cambiado de trabajo.

En el antiguo sitio en el que vivía tenía muchos amigos. Le encantaba aquel lugar y nunca le había pasado algo parecido. Durante los primeros días se imaginó que aquella reacción sería por ser nuevo, pero ahora había caído en la cuenta de que no tenía que ver con eso. El motivo de que todos le despreciaran y de que hicieran como que no estaba ahí era por ser negro.

Aython quería mucho a sus padres y pensó que lo mejor era no decirles nada para que no se preocuparan por él. Estaba empezando a asumir la situación y no le importaba que los demás se portaran mal con él. En la vida a veces tocaba perder y esta, por lo visto, era una de ellas.

Todos los recreos eran iguales. Aython cogía su cuaderno de dibujos y se iba al único lugar en el que podía estar sin que nadie le molestase. Era un pequeño banquito al lado de un árbol. No solía haber nadie por ahí, así que, por lo menos, estaba tranquilo. Dibujar era su gran pasión, siempre que tenía un ratito libre era lo que hacía. Animales, paisajes, personas, cómics... todo lo hacía muy bien y sus padres estaban orgullosos. Sabían que le esperaba un gran futuro como artista.

Esa semana, a su tutora, Syra, le tocaba cuidar el patio. Aython estaba tranquilamente en el banquito cuando ella le sorprendió:

- ¡Aython! Pero... ¿qué estás haciendo aquí? -le preguntó sorprendida la profesora.
- Na, na, nada..., profesora, simplemente me gusta este lugar.

Tampoco le quería decir nada a la profesora. Sabía que entonces hablaría con sus padres. Pero Syra ya se había dado cuenta de lo que el resto de los chicos le estaba haciendo a Aython y no había llegado ahí por casualidad. Quería ayudarle a solucionar el problema.

- Aython, cielo, sé lo que están haciendo los demás chicos contigo. No tengas miedo. Solo quiero ayudarte.
- Profesora, no sé de qué estás hablando...

Ni él mismo se habría creído esas palabras. Sonaban completamente a mentira.

- Vamos, Aython, estoy aquí para ayudarte. Escucha lo que te voy a decir...

Al día siguiente, Syra les dijo a todos los alumnos que ese día había una actividad especial.

- Mis queridos niños, hoy vamos a realizar una visita. Tengo un amigo al que le gusta mucho dibujar y le gustaría conocerlos. Os voy a enseñar sus dibujos para ver qué os parece y, cuando terminemos, os lo presentaré. ¿Qué os parece?
- ¡Sí, claro! - gritaron emocionados.
- ¡Qué divertido! -dijeron otros.
- Yo soy incapaz de hacer eso. ¿Nos enseñará? - decían otros.

La profesora les enseñó los dibujos. Eran realmente alucinantes. Los niños se quedaron pasmados. Algunos de ellos había decidido que querían ser pintores, otros se morían de ganas de conocer al amigo de la profesora y otros intentaban copiarlos.

- Bueno, chicos, ya es hora de que os presente a mi amigo.

Cuando la profesora dijo eso, Aython se levantó y fue donde ella. Syra les dijo que él había hecho los dibujos. Los niños no daban crédito a lo que a lo que oían. Todos se quedaron mudos de repente. Se sentían avergonzados. Ellos no eran capaces de hacer aquellas obras de arte ni aunque las calcaran y, en cambio, le habían repetido millones de veces a Aython que no valía para nada. Se habían estado metiendo con él desde que había llegado solo por tener un color diferente. La profesora les estaba observando y sabía que iban a reaccionar así. Eran niños de once años a los que se les podía enseñar muchas cosas y ellas estaba dispuesta a hacerlo.

- Chicos, en esta clase han pasado cosas en las últimas semanas que no me han gustado nada. Os habéis estado metiendo con Aython sin razón alguna y creo que os habéis dado cuenta de que es capaz de hacer cosas que ninguno de vosotros podría hacer. Sois unos niños buenos y sé que nos os lo habéis imaginado, pero le habéis estado haciendo mucho daño a vuestro compañero. Tenéis que entender que porque una persona tengo el color de piel diferente al vuestro o cualquier cosa distinta, no es inferior a vosotros, ni malo. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

Los niños miraban avergonzados a Syra. Algunos apartaban la mirada. Se estaban dando cuenta de cuanto dolor habían causado sin razón alguna.

– Creo que le debéis unas disculpas. ¿No es así? - les preguntó Syra.

Los niños querían mucho a su profesora y sabían que tenía razón. Sin pensárselo dos veces, uno por uno fueron a donde Aython y le dieron un abrazo. Habían aprendido una lección que no olvidarían jamás.